presentación e impresión. Un estudio que rezuma madurez por el dominio del tema, por el conocimiento directo de las fuentes, por la documentación y por la bibliografía selecta, por estar al día también respecto de la interpretación del modo de conocimiento y del lenguaje, específicos de los apócrifos, a saber, el mítico tan depreciado hasta hace poco (cf. la excelente síntesis del mito como medio de acceso a las realidades más profundas del ser y del acontecer humano, a lo trascendente, pp. 117-35) sin olvidar las valoraciones objetivas y, por lo mismo, a veces duras de obras tenidas por «clásicas» o de autoridad indiscutida e indiscutible en su campo, por ejemplo, la del *Kommentar...* del luterano Billerbeck (pp. 143-44).

Pero, por muy perfecta que sea una obra humana, precisamente por ser humana no podrá eliminar todas las deficiencias. Este estudio tiene también alguna especie de excepción confirmatoria de la regla general. Me refiero a las alusiones al concepto de la divinidad, propio de los griegos, hechas al hablar de la insistencia de los apócrifos (común a la literatura posexilica aunque más acentuada en aquellos) en la transcendencia de Dios. De acuerdo con lo ya tópico, da por supuesto que entre los griegos hubo un solo concepto de la divinidad y una única religión. Ha sonado la hora de que los versados en Sagrada Escritura corrijan el error de Bultmann y prácticamente de todos. Para ello deben aceptar la doble constante religiosa coexistente en el mundo helénico, sobre todo durante el periodo helenístico (a. 336 a. C - 330 d. C.) que precisamente comprende el de los apócrifos. Las religiones celestes o étnico-políticas y las telúrico-mistéricas discrepan e incluso se contraponen en no pocos puntos, también en su concepto de la divinidad y en la nota definitoria de su sentido religioso.

Seguro que el gran P. Díez-Macho aceptaría esta observación con su proverbial bondad. Reciba nuestra gratitud, pues se la merece de veras, y la enhorabuena sus colaboradores así como los hasta ahora co-directores de esta colección María Angeles Navarro, Alfonso de la Fuente y Antonio Piñero. Vale la pena seguir el camino emprendido con tan excelente quehacer aunque la ayuda financiera, aludida en la presentación del libro, —merecida de sobra— siga otros cursos, tal vez en pos de la «cultura» mal llamada «popular», que de ordinario no es ni lo uno ni lo otro.

Manuel GUERRA

Alejandro Díez Macho, *Apócrifos del Antiguo Testamento*, tt. II, III y IV (*Ciclo de Henoc*), Madrid, Eds. Cristiandad, 1982-1984, 526 pp., 396 pp., 340 pp., 16 x 24.

Cuando ya han aparecido los primeros cuatro volúmenes de esta colección, es el momento de valorar el alcance de esta iniciativa alentada y dirigida por el malogrado prof. Alejandro Díez Macho.

Se entiende por literatura apócrifa el conjunto de obras judías o judeocristianas pretendidamente inspiradas y referidas de un modo u otro a un personaje del A.T.; han de estar escritas en el periodo intertestamentario, es decir, entre el año 200 a. C. y el 200 d. C. (cfr. tomo I, p. 27). Con este ponderado criterio se excluyen de esta colección, por una parte, los libros y fragmentos que, por haberse conservado en griego, no entraron en el canon judío, pero sí en el canon de libros inspirados, refrendado por el Conc. de Trento; y, por otra parte, otros escritos rabínicos tardíos o que, con seguridad, son de origen cristiano. Se excluyen también las obras aparecidas en Qumrán, v. gr. *Génesis Apócrifo*, puesto que se agrupan en un bloque aparte de escritos, propios de una comunidad específica.

El proyecto completo abarca la publicación de cuarenta y ocho obras, más siete escritos menores y once fragmentos de obras judeohelenísticas perdidas (cfr. tomo I, pp. 37-39). Hasta ahora han aparecido 21 apócrifos, distribuidos del modo siguiente: En el tomo II aparecen nueve que podrían encuadrarse como narrativos; en el III, siete fundamentalmente sapienciales (excepto los tres primeros, Salmos y oraciones); y en el IV, se reúnen los cinco apócrifos que tienen como protagonista a Henoc. Faltan por publicar el grupo de Apocalipsis y el de Testamentos. Como se ve, se ha preferido la clasificación por géneros literarios (narrativos, sapienciales, apocalípticos, etc; cfr. t. I, p. 44), aun sabiendo que algunas obras (3 y 4 Macabeos, José y Asetnet...) pueden considerarse narrativos y sapienciales, y que los temas apocalípticos abundan en toda esta literatura. Pero cualquier clasificación tiene sus limitaciones.

Hay que agradecer que, a la hora de decidir el número de apócrifos, el A. se haya inclinado por un criterio generoso siguiendo las pautas de J. H. Charlesworth. En el tomo I explica en dos ocasiones distintas (pp. 16-17 y 36-40) las dudas iniciales y las razones que, al final, le movieron a incluir obras que no todos los autores aceptan como judías o que posiblemente fueron redactadas después del s. II d. C. Así podemos tener al alcance de la mano las *Odas de Salomón*, aunque muchos entendidos las sigan considerando cristianas; o los *Oráculos Sibilinos*, algunos de los cuales son del s. III o IV; pero es indudable que todos estos escritos, al igual que algunos Apocalipsis más tardíos (Sedrac, Esdras...) y algunos Testamentos (Isaac, Jacob...) recogen tradiciones muy antiguas y conocidas en la época intertestamentaria. Igualmente es un acierto publicar los *Fragmentos arameos de Henoc* (t. IV, pp. 293-326), encontrados en Qumrán y los *Fragmentos coptos de Henoc* (t. IV, pp. 327-340); con ellos el ciclo de apócrifos de Henoc queda bastante completo. Las dudas o problemas de datación que cada libro plantea corresponde explicarlos a cada uno de los traductores, y así lo hacen en las respectivas introducciones. También es acertada la decisión de publicar varias recensiones de una misma obra; así, la *Vida de Adán y Eva* aparece en la versión griega (t. II, pp. 325-337) y latina (t. II, pp. 338-352); y el *Paralipómenos de Jeremías*, en la recensión griega (t. II, pp. 353-383) y copta (*Apó-*

crifo de Jeremías) (t. II, pp. 385-442). El lector avezado comprobará que son tantas las variantes entre ambas recensiones que, con razón, pueden considerarse obras distintas.

El haber reunido a los mejores especialistas españoles en los diversos campos, hebreo, griego, copto, da al conjunto una brillantez meritoria. Quizás un examen detallado podría encontrar pequeñas deficiencias, pero no cabe esperar que todos los autores tengan el mismo acierto, ni siquiera el mismo estilo; además cada libro, por su época, su temática o su género literario merece un tratamiento diferente. Las introducciones son acertadas; en general, conjugan la sobriedad y la profundidad. La bibliografía correspondiente a cada obra está bien seleccionada y actualizada.

Señalemos por último la labor de acribia y de unificación de citas y de criterios; la edición resulta esmerada y digna. Indudablemente ha sido y seguirá siendo bien acogida entre los estudiosos de la literatura y de la cultura de la época.

Santiago AUSÍN

Miguel PÉREZ FERNÁNDEZ, *Los capítulos de Rabbí Eliezer. Versión crítica, introducción y notas*, Valencia, Institución San Jerónimo para la Investigación Bíblica, 1984, 444 pp., 16 x 24.

En los últimos años es creciente en España el estudio de la literatura judía relacionada con la Biblia. El Prof. Díez Macho, entrañablemente recordado, ha sido el pionero y gran impulsor de estos estudios y el que ha promovido la traducción de tales textos; ahí está la colección que él mismo ha dirigido de los *Apócrifos del Antiguo Testamento*, que va ya por el cuarto volumen. El Prof. Pérez Fernández es uno de sus buenos colaboradores que, tomando la antorcha del maestro, inaugura con este libro la «Biblioteca Midrásica» de la Institución S. Jerónimo para la investigación bíblica.

Los *Pirqé Rabbí 'Eli'ezer* constituyen un conocido midrás pseudoepígrafo, que recoge gran cantidad de tradiciones rabínicas de sumo interés, muchas de ellas muy antiguas y que enlazan, sin duda alguna, con los tannaitas, a cuya segunda generación perteneció Eliezer ben Hyrquanos (s. I d. C.), que da nombre al midrás. Pérez Fernández, además de la traducción castellana, que ocupa lógicamente la mayor parte del libro (pp. 57-376), ha elaborado cuatro apéndices interesantes: el primero reúne los títulos que el editor antepuso a la edición de Venecia de 1544; el segundo es la lista alfabética de los rabinos tannaitas mencionados en el *Pirqé*; el tercero recoge los personajes bíblicos y midrásicos citados; y el último es un índice temático muy útil para el manejo del *Pirqé*. Todo ello viene precedido de una amplia introducción (pp. 15-49). Hay que destacar también la división de los capítulos en apartados breves nume-